

Michelle Marly

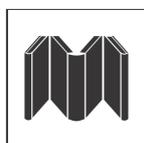
MADemoiselle

COCO

Y LA PASIÓN POR EL NÚMERO 5

*Traducción:*

LIDIA ÁLVAREZ GRIFOLL



MAEVA

*Una mujer sin perfume es una mujer sin futuro.*

Coco Chanel

# PRÓLOGO

1897

UNO, DOS, TRES, cuatro, cinco... Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

De su boca no salía ningún sonido, solo movía los labios. Contaba en silencio las piedras del mosaico que veía a sus pies.

Cantos rodados desiguales, pisados a lo largo de un milenio, incrustados en el suelo creando formas geométricas o imágenes místicas.

Aquí, cinco estrellas; allí, cinco flores; en otro sitio, un pentágono. Esa disposición no era casual. Sabía que el cinco era un número simbólico para los miembros de la Orden del Císter: se consideraba la encarnación pura y perfecta de las cosas. Las rosas, por ejemplo, tenían cinco pétalos; las peras y las manzanas eran frutas de estructura pentagonal. Las personas tenían cinco sentidos y en todas las misas se hablaba de las cinco llagas de Jesucristo. Sin embargo, las monjas no le habían enseñado que el cinco también era el número del amor y de Venus, la suma indivisible del tres, un número masculino, y del dos, femenino. Ese dato, muy interesante para una muchacha de catorce años, lo encontró en un libro que leía a escondidas en el desván.

La biblioteca del convento ocultaba tesoros asombrosos: los sermones medievales de san Bernardo de Claveral, en los que recordaba a sus monjes el significado que se atribuía en los rezos y los lavatorios rituales a las sustancias aromáticas, no eran escandalosos, pero tampoco eran aptos para los ojos de una niña. El fundador de la Orden del Císter incluso aconsejaba a sus hermanos que, al entonar el Cantar de los Cantares con una

mirada espiritual e introspectiva, imaginaran los pechos perfumados de la Virgen María. El incienso y el jazmín, la lavanda y las rosas en el altar favorecían la entrega a la contemplación con ayuda del olfato.

Para las huérfanas como la solitaria muchacha, los aromas que se extraían de las plantas del jardín del convento eran un sueño lejano, igual que la fantasía de hundirse entre los grandes pechos de una madre cariñosa. A las pupilas las frotaban en una tina con jabón barato para quitarles la suciedad del trabajo en el campo o en la cocina y que olieran a limpio en vez de a agotamiento y a miedo, pero no podía decirse que olieran bien. Las grandes sábanas blancas que ella tenía que lavar y, a veces, también remendar, y luego apilar bien dobladas en la lavandería recibían mejor trato que la piel de las huérfanas.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Pasaba el rato contando mientras esperaba en fila con las demás niñas a que el cura las confesara. Después de aguardar de pie inmersas en una monotonía que duraba una eternidad, como soldados en el patio de un cuartel, entraban una tras otra en el confesionario. Asumía que las monjas exigían esa postura silenciosa y rígida, que ninguna criatura podía aguantar mucho tiempo, para que luego tuvieran algo que confesar. Por lo general, ninguna había pecado desde la confesión de la tarde anterior. No había muchas ocasiones para pecar en lo alto de la roca azotada por el viento sobre la que en el siglo XII se construyó el convento de Aubazine.

Hacía casi dos años que vivía en ese mundo aislado, situado en el centro de Francia, lo bastante lejos de la carretera que llevaba a París como para que no se le ocurriera pensar en escaparse. Habían pasado más de setecientos días desde que murió su madre y su padre la subió a un coche de caballos y la entregó a las monjas cistercienses. Así de simple. Como si fuera un fardo. Después, el padre desapareció para siempre y se abrió el

infierno para el alma frágil de la pequeña. Desde el primer momento ansió que llegara el día en que tuviera la edad suficiente para marcharse del convento y empezar una vida independiente. Tal vez la aguja fuera la clave para conseguirlo. Si aprendía a coser y era tenaz, quizá llegaría a París y conseguiría abrir una gran casa de moda. Había oído hablar de ellas, pero en realidad no sabía exactamente lo que eran.

No obstante, sonaba prometedor. El término «casa de modas» le traía recuerdos. Telas bonitas, el frufrú de la seda, volantes airosos y delicadísimas puntillas. No, su madre no había sido una gran dama; trabajaba como lavandera y su padre era vendedor ambulante. Nunca había vendido productos tan delicados, pero ella siempre asociaba sus pensamientos de cosas bonitas con su madre. La echaba tanto de menos que la nostalgia por la seguridad que sentía cuando estaba con ella a veces le provocaba vértigo.

Ahora tenía que arreglárselas sola, vivía con dureza, normas, castigos y, de vez en cuando, la absolución divina. Ella solo quería un poco de cariño. ¿Era eso pecado y tenía que confesarlo? Ese secreto, ¿le pesaría algún día demasiado para darle paz a su alma? Quizá, pensó en silencio. Pero quizá no. No le confesaría al cura que quería amor en su vida. No ese día. Y seguramente ningún otro día.

De camino hacia la catedral de Aubazine, contaba en silencio las piezas de los mosaicos del suelo: uno, dos, tres, cuatro, cinco...

PRIMERA PARTE  
1919-1920

# 1

LOS FAROS AMARILLOS cortaban la niebla que subía del Sena y envolvía las hayas, los fresnos y los alisos situados en los márgenes de la carretera como un paño de lino blanco. «Como una mortaja», pensó Étienne Balsan.

En su mente se formó la imagen del difunto en el velatorio: piernas y brazos destrozados, piel quemada y tapado con un paño de lino. A los pies del muerto, una rama de boj y, en el pecho, un crucifijo. Junto a la cabeza había un cuenco con agua bendita que atenuaba el olor de la muerte. La luz de las velas proyectaba sombras fantasmagóricas sobre el cadáver. Las monjas lo habían preparado de esa manera para que la imagen no resultara demasiado turbadora.

Automáticamente, Étienne intentó imaginar cómo se habría desfigurado la hermosa cara de su amigo. La conocía casi tan bien como la suya.

Él mismo se contestó la pregunta pensando que probablemente apenas quedaría nada de sus facciones simétricas, de sus labios carnosos bien perfilados y su nariz recta. Cuando un coche se precipita a toda velocidad por un terraplén, choca contra una pared de roca y empieza a arder, pocos huesos permanecen en su sitio. Seguro que haría falta cierta destreza para recomponer el aspecto de la víctima del accidente mortal.

Notó que una gota de agua se le deslizaba por la mejilla. ¿Llovía dentro del coche? Quiso accionar los limpiaparabrisas y se puso tan nervioso buscando la palanca que el coche se desvió

a un lado. Presa del pánico, Étienne pisó el freno y el barro salpicó la ventanilla. Al final, las escobillas se movieron con un chirrido sobre el parabrisas. No llovía, eran las lágrimas las que le anegaban los ojos; una ola de cansancio y tristeza lo invadió y amenazó con abatirlo. Si no quería acabar como su amigo, tenía que concentrarse en la carretera.

El coche estaba cruzado en medio de la calzada. Étienne se obligó a respirar con calma, detuvo los limpiaparabrisas y sujetó el volante con las dos manos. Pisó el acelerador, el motor rugió y las ruedas derraparon. Después de una sacudida, el vehículo volvió a su carril. Étienne notó que el pulso se le normalizaba. Por suerte, a esas horas de la madrugada no circulaban coches en dirección contraria.

Se obligó a fijar la vista en el asfalto. Ojalá no se cruzara en su camino un animal nocturno. No quería atropellar un zorro; si había que abatirlo, mejor a caballo durante una cacería. Su amigo pensaba lo mismo, el amor por los caballos los había unido. Arthur Capel, el eterno joven que nunca consiguió quitarse de encima el mote infantil de Boy, era un jugador de polo fantástico. Boy era un *bonvivant*, intelectual y encantador, un caballero de la cabeza a los pies, un diplomático británico al que ascendieron a capitán en la guerra y un hombre al que todos llamaban con gusto «camarada». Étienne podía considerarse dichoso de ser uno de sus mejores y más viejos amigos. De haber sido...

Otra lágrima rodó por su mejilla curtida por el sol, pero Étienne no apartó la mano del volante para secársela. No debía permitir que lo distrajeran sus propios pensamientos si quería llegar sano y salvo a Saint-Cucufa. Ese viaje era el último favor que podía hacerle al difunto. Tenía que darle la terrible noticia a Coco antes de que se enterara al día siguiente por los periódicos o por la llamada telefónica de algún chismoso. No era en realidad una misión agradable, pero la llevaba a cabo con el corazón.

Coco era... Coco había sido el gran amor de Boy. No cabía ninguna duda. Para nadie, y menos todavía para Étienne. Él los presentó aquel verano, en su finca. Boy había ido a Royallieu por los caballos y se fue con Coco, y eso que era la novia de Étienne. Bueno, en aquella época no lo era exactamente. Era una chica que actuaba en el cabaré del enclave militar de Moulins cantando dos canciones picantes y que de día zurcía pantalones para los oficiales con los que pasaba el rato de noche. Tierna, aniñada, hermosa, alegre, frágil y también extraordinariamente valiente y enérgica. El polo opuesto de la *grande dame* que muchas mujeres de la Belle Époque pretendían ser.

Étienne se divertía con ella y la acogió en su casa el día que se presentó de improviso en su puerta, pero no cambió nada en su vida por ella. Al principio ni siquiera quería tenerla a su lado, pero Coco era terca y, simplemente, se quedó. Uno, dos años... No recordaba cuánto tiempo vivieron juntos sin que la considerara su pareja. De hecho, fue Boy quien le abrió los ojos ante la belleza y la fuerza interiores de aquella joven. Pero ya era demasiado tarde. Su amante, que nunca llegó a ser la única, se marchó como hacía la gente de sus círculos sociales en la época de la Gran Guerra. No obstante, continuaron siendo amigos. Y seguiría siendo amigo de Boy incluso después de que este hubiera exhalado su último suspiro. Lo juraba.

TENÍA QUE PARAR de una vez de hacerse mala sangre.

Gabrielle llevaba horas dando vueltas en la cama. De vez en cuando caía en un sueño que parecía profundo, pero se despertaba de repente, sobresaltada, confusa y atrapada todavía en lo que había soñado y no lograba recordar. Entonces palpaba el otro lado de la cama para notar la presencia del conocido cuerpo que le brindaba tanta seguridad, pero la almohada estaba vacía; las sábanas, intactas... Y ella, totalmente despierta.

Claro. Boy no estaba. El día anterior —¿o hacía ya dos días?—, se había marchado a Cannes para alquilar una casa en la que pasarían juntos las fiestas. Era una especie de regalo de Navidad. Gabrielle amaba la Costa Azul y significaba muchísimo para ella que Boy pasara las navidades a su lado en vez de celebrarlas con su mujer y su hijita. Incluso le había prometido que pediría el divorcio. Se reuniría con él en cuanto encontrara la villa adecuada. Pero aún no la había llamado, ni siquiera le había enviado un telegrama para hacerle saber que había llegado sano y salvo al sur de Francia.

¿Habría cambiado de opinión?

Las dudas corroían a Gabrielle desde la boda de Boy, aproximadamente un año y medio antes. Al principio, se quedó de una pieza al enterarse de que prefería casarse con una mujer que encarnaba todo lo que ella no era: rubia, alta, pálida y vanidosa, acomodada y miembro de la nobleza británica, lo que permitiría a Boy ascender socialmente y acceder a la clase alta de la Gran Bretaña. Claro que él ya había conseguido muchas cosas sin esa relación. De origen burgués, hijo de un agente naviero de Brighton, había llegado a ser consejero del presidente francés Clemenceau y a participar en el Tratado de Versalles. ¿Para qué necesitaba una familia noble?

Además, hacía diez años que vivían juntos. Gabrielle contaba con que algún día se casarían. ¿Acaso no era ella un buen partido? Bueno, sobre su origen humilde prefería correr un oscuro y tupido velo. Pero había logrado cierta fama a fuerza de trabajo. Con el nombre de Coco Chanel, se había convertido en una diseñadora de moda de mucho éxito, adinerada incluso.

Había empezado fabricando sombreros gracias a un préstamo de su viejo amigo Étienne Balsan, y sus creaciones, sobrias y elegantes, llamaron enseguida la atención de las parisinas. Nada de plumas ni accesorios excesivos, eso les gustaba a las mujeres después de mucho tiempo de adornos exuberantes. Al final causaron furor las blusas marineras anchas que diseñó en

Deauville. Gabrielle desterró el corsé y confeccionó pantalones de mujer. Después llegaron los años de hambre de la Gran Guerra y, en una demostración de pragmatismo, se atrevió a crear vestidos sencillos y funcionales de tela económica de punto de seda y pijamas cómodos y elegantes con los que las mujeres podían huir a los sótanos durante los ataques aéreos alemanes. Las damas de la nobleza le arrancaban las prendas de las manos. Casi todas las personas de rango, la alta aristocracia en pleno, iban a ver a Gabrielle para que Coco Chanel las vistiera.

¿Para qué necesitaba Boy casarse con una representante de esa clase social? Gabrielle había ascendido socialmente trabajando y se había labrado un nombre. ¿Cómo podía él sacrificar a su gran amor por una carrera que ya lo había llevado a lo más alto? Gabrielle no lo entendió y nunca lo entendería. Y la pena le corroía los huesos como hacía la tisis.

Sin embargo, después volvió con ella. Los lazos que los unían eran más fuertes que las alianzas de oro que Boy intercambió con Diana Wyndham, la hija de lord Ribblesdale. Obviamente, Gabrielle le dio largas al principio, pero luego se hundió en sus brazos. Era mejor aceptar su nuevo papel de amante que renunciar por completo a él. Ese fue su lema. ¿Qué tenía de malo ese arreglo? Nada. ¿Verdad que no? Todo iba bien, pero las dudas siguieron devorándola por dentro como la polilla.

Boy vivía en realidad separado de su mujer; pasaba la mayor parte del tiempo en París. No obstante, de vez en cuando tenía que dejarse ver al lado de su esposa. Gabrielle lo dejaba ir porque a esas alturas estaba segura de que volvería. Su amor era más grande que cualquier otra cosa. A pesar de todas las tormentas, ese amor se mantenía desde hacía diez años y jamás desaparecería. Si en este mundo había algo predestinado a la eternidad, tenía que ser la unión entre ellos dos. Gabrielle estaba convencida. Sin embargo, a veces emergían los pensamientos más sombríos y la expulsaban del cielo igual que a Lucifer. Como esa noche.

Se volvió hacia el otro lado, apartó la sábana agitando las piernas, pero se puso a tiritar de frío y se subió la colcha hasta la barbilla.

¿Por qué no se había puesto Boy en contacto con ella desde su partida? ¿Tal vez la magia de la Navidad le recordaba a su hija de nueve meses? ¿Pensar en su familia lo llenaba tanto que había apartado el recuerdo de su amante, abandonada en su casa de campo parisina? ¿Y si no había ido al sur de Francia a buscar una casa para Gabrielle y él, sino a Cannes, a reconciliarse con su mujer? Antes de irse, le había hablado del divorcio. El pánico se adueñó de ella. No podía dormir.

Con todo, no se levantó, no encendió la luz de la mesita de noche ni echó mano de una lectura entretenida para distraerse. Demasiado cansada para hacer cualquier cosa, se entregó a los demonios. En algún momento, la fatiga la arrastró de nuevo a la profunda oscuridad de un sueño inquieto...

La despertó un crujido. Era el ruido inconfundible del caucho sobre la grava. Los neumáticos de un coche que frenaba. En el silencio de la noche, el sonido entró nítidamente por la ventana cerrada del cuarto de Gabrielle. Luego, los perros ladraron.

«¡Boy!», pensó medio dormida.

Se puso contenta al pensar que había vuelto a buscarla, que no quería que ella se reuniera con él más tarde. El cuerpo le temblaba de alegría. Solo Boy podía estar tan loco. Lo amaba tanto... Daba igual que celebraran la Navidad en el sur de Francia o en aquella villa apartada de Saint-Cucufa. La Milanaise, la finca que en verano olía a lilas y a rosas, era un tanto desoladora con el viento procedente del norte de Francia. Por eso habían decidido pasar unos días en la Costa Azul. Pero solo podían ser tétricos los lugares en que no estuvieran juntos. ¿Por qué había tardado tanto en comprenderlo?

En ese momento llamaron a la puerta.

—¿*Mademoiselle* Chanel?

Era la voz de Joseph Leclerc, su criado, no el esperado susurro de su amante.

Se despertó totalmente de golpe.

ÉTIENNE BALSAN NO solo conocía a Boy Capel casi tanto como a sí mismo; su relación con Coco le era tan familiar como lo había sido con su amigo. En un primer momento, cuando vio entrar a Gabrielle en el salón en el que Joseph le había pedido que la esperara, pensó que apenas había cambiado en los trece años que habían pasado desde su primer encuentro. Tenía treinta y seis años, pero aún conservaba su aspecto aniñado. Menuda y frágil, estrecha de caderas y con poco pecho, el pelo corto, negro y brillante, revuelto como después de un abrazo apasionado, casi parecía un chico. Si no fuera porque recordaba el ardor de ese pequeño cuerpo envuelto en un pijama blanco de seda, la habría tomado por una criatura andrógina y poco erótica.

Un instante después, se asustó. La miró a los ojos... y vio la muerte.

Coco sabía ocultar sus sentimientos tras una fachada de indiferencia, pero sus ojos oscuros a veces ofrecían una mirada a lo más profundo de su alma. En esos momentos, en su expresión había dolor, una pena desesperada, perturbadora. Pero no se vislumbraba ninguna lágrima.

Y callaba. Estaba allí, muda delante de él, con su indumentaria blanca, manteniendo la compostura como María Antonieta delante de la guillotina. Era terrible. Si se hubiera echado a llorar, Étienne habría sabido cómo tratarla. Habría podido estrecharla en sus brazos. Pero su silencioso pesar, sus ojos secos, le rompían el corazón.

—Perdona que te moleste en plena noche —comenzó a decir. Carraspeó varias veces y siguió balbuceando—: Creo... Creo que le debo a Boy traerte la noticia... Lord Rosslyn ha llamado

desde Cannes... —Tomó aire. Le costaba horrores comunicarle la triste noticia—. Boy ha sufrido un terrible accidente. El coche se salió de la carretera. Conducía él, su mecánico iba en el asiento del copiloto. Mansfield ha resultado gravemente herido. No... No pudieron hacer nada por Boy.

Ya lo había dicho. Pero Gabrielle no reaccionó.

Étienne tardó unos instantes en comprender que el criado ya le había dado la mala noticia. Claro. Joseph había tenido que explicarle por qué dejaba entrar a un extraño en mitad de la noche y la sacaba de la cama. Pero ¿por qué no decía nada?

Étienne continuó hablando para romper el silencio.

—La policía está investigando... Todavía no se sabe qué ha pasado exactamente. En París aún no se ha corrido la voz. Solo se sabe que el accidente ocurrió en algún punto de la Costa Azul. Los frenos del coche... parece ser que fallaron.

—Mademoiselle lo ha entendido, *monsieur* —lo interrumpió Joseph.

Étienne asintió, angustiado. Nunca se había sentido tan incómodo. Miró a la mujer que sollozaba sin verter lágrimas. Todo su cuerpo parecía irradiar aturdimiento y desesperación. Podía ver que la desdicha se apoderaba de ella cada vez con más fuerza. Pero no lloraba.

Coco se dio la vuelta sin decir una palabra y salió de la estancia. La puerta se cerró a su espalda.

Étienne se quedó quieto, sin saber qué hacer.

—¿Puedo ofrecerle algo, monsieur? —preguntó Joseph—. ¿Le apetece un café?

—Me tomaría un coñac. Doble, por favor.

Le sirvió una copa de coñac generosa. Étienne la sujetó entre los dedos para calentarse y calentar el licor. Entonces, se abrió la puerta del salón.

Coco entró de nuevo. Esta vez, con un vestido de viaje, largo hasta los tobillos, el abrigo en el brazo y una bolsa en la mano

con el equipaje imprescindible. La sujetaba con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Esa era la única señal visible de la tensión que acumulaba. Su semblante seguía siendo una máscara rígida, en los ojos tenía una mirada vacía.

—Podemos irnos —dijo con voz firme.

Perplejo, Étienne meneó la cabeza.

Ella le sostuvo la mirada, pero no dijo nada.

Étienne asintió, desvalido. Como si supiera adónde quería ir. Sin embargo, no tenía ni idea de lo que Gabrielle pretendía hacer en plena noche. Dio un buen trago de coñac y confió en que el alcohol le provocara un efecto tranquilizador. Fue en vano. Notó que le temblaba la mano con que sujetaba la copa.

—¿Me lo decías a mí? —Étienne titubeó, desconcertado, sin saber con seguridad si no preferiría viajar con su chófer... adonde fuera que le urgiera ir.

—Nos vamos a la Costa Azul. —De nuevo esa determinación en su voz que no encajaba con su aspecto fantasmal—. Quiero verlo. Y me gustaría partir de inmediato, Étienne.

—¿Qué? —resopló y se echó entre pecho y espalda otro buen trago de coñac—. Es peligroso. Hay niebla y la carretera está oscura...

—Pronto amanecerá. No podemos perder tiempo. Nos espera un largo camino.

Coco dio media vuelta para irse.

Étienne intercambió una mirada de impotencia con Joseph. ¿Por qué no le pedía a su chófer que hiciera los preparativos necesarios para salir al amanecer? ¿El deber de la amistad llegaba al extremo de apoyar a Coco en su locura? «No está loca», constató con tristeza.

Sin más comentarios, la siguió para adentrarse en la noche.